



MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE ENERO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Cuando la respuesta es: la huída

...ME VOLVÍ FANTASMA

OLGA DE LEÓN G.

A veces pienso que no pertenezco a la casa ni a la familia con quienes he vivido siempre, que es en donde me encuentro ahora, mientras tomo la decisión más difícil de toda mi vida.

Nací en el seno de una familia cuyos padres realmente se amaban, y querían mucho a sus niños, a su manera. Yo era la de en medio de cinco hijos. Dos hombres mayores que yo y dos hermanas menores. Cuando tenía diez años, el mayor tenía catorce y la menor seis.

Creo que desde los ocho soñaba con que me iba de casa o me cambiaba de familia, solo que no escogía con quién vivir, era solo una idea fantástica con la que jugaba cuando más sola me sentía. A nadie le contaba de mis ideas.

Lo cierto es que fui creciendo y la soledad se me fue anidando en el pecho y en la cabeza. Por más que estaba justo en medio de los cuatro hermanos restantes, y que lo que hacían los mayores o las menores, siempre me afectaba de alguna forma.

Por ejemplo, si mis hermanos jugaban a los vaqueros y pistoleros, yo sería a la se robaban los malos, un par de vecinos un poco mayores que mis hermanos. Y me jaloneaban y golpeaban y me llevaban a lugares oscuros del patio entre los árboles...

Si las que jugaban eran mis hermanas menores, a mí me escogían para que fuera la madrastra, y aunque yo me negara, ellas me obligaban diciéndome que le dirían a mis padres sobre los juegos rudos con los niños.

¿Te parece eso suficiente, para entender mis razones sobre la soledad que se fue anidando en mi alma desde pequeña? Así que nunca me sentí realmente parte de la familia, a veces pensaba si no sería hija de mis padres, o por qué ellos nunca se percataban de mi situación real.

Esa tarde de otoño, cuando dos días atrás había cumplido quince años y nadie se acordó de felicitar, la idea de irme se aferró en mí...

Salí de esa casa a la que terminé por creer que no pertenecía, un día último de octubre. Llevé conmigo pocas cosas: un lío de ropa que puse en una bolsa grande, de las que usaban en casa para la basura...No la llené ni a la mitad, y la doblé para poder cargarla con un solo brazo.

No tenía idea de a dónde iría, solo sabía que me iba y no volvería. Esperé la hora en que todos estaban ocupados o en otras partes, a eso de las seis de la tarde... y me fui. Caminé sin volver el rostro hacia atrás. Caminé mucho, hasta que me alcanzó la noche cuando estaba ya cansada. Llegué bajo un puente y allí me quedé hasta la mañana siguiente.

Dormí entre sentada y recargada en una columna y tapada con una cobija que no era mía. Alguien me la echó encima. Nadie me había cobijado una sola vez en mi vida, no que yo recordara. Al desperdarme con los primeros rayos del sol y el



ruido de los automóviles, descubrí que todas mis cosas estaban conmigo, las había puesto bajo mi cuerpo y algunas de almohada.

Nadie preguntó qué estaba haciendo allí. Los demás durmientes bajo el puente, se levantaron y algunos siguieron su camino, otros empezaron a acomodar sus mercancías: era hora de trabajar. Yo, luego de un buen rato, comencé a ver quiénes eran, por si había algún conocido. No. Nadie.

Recogí mis cosas y decidí que era hora de: seguir caminando, o regresar a casa. En el fondo de mi conciencia tuve la sospecha de que quizás yo me había equivocado y mi familia estaría preocupada por mi ausencia.

Desandé lo recorrido, y regresé a casa. Era más del medio día y nada indicaba que me hubiesen extrañado. Entré hasta mi cuarto, todo seguía igual.

En casa, nadie se percató de mi ausencia. Eso me asustó tanto, que me llevó a irme definitivamente... Así fue como me convertí en un fantasma: entraba y salía de mi casa, sin que nadie lo notara.

EL ROSARIO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La primera vez que desaparecí de mi hogar, fue hace cerca de diez años. Se volvió una historia de terror para mi familia inmediatamente. Pero volví a las dos semanas, con la misma ropa, con los pantalones mojados y sin asear. Primero me recibieron con lágrimas y veladoras. Pero mi presencia en casa no fue tan bienvenida por todos. Algunos hermanos se molestaban porque yo pasaba días frente al televisor, sin hacer nada más que comer y dormir, sin saber que yo me

comunicaba desde entonces con Dios. Tampoco yo me sentía a gusto en casa. Mis desapariciones se repitieron, hasta que dejaron de ser noticia en la familia. Iba y venía por semanas. Hasta que un día, ya no regresé.

Sé que no me extrañaron. Y aunque no volví, un día, alguien que parecía uno de mis hermanos, me encontró en la calle, frente a la catedral, con los brazos abiertos, cerca de casa de nuestra hermana Azucena. Imagino que él se dirigía a la reunión que, por el fin de año, realizaban siempre los hermanos. ¡Ramiro!, me gritó desde la otra acera, mientras yo bajaba los brazos y merodeaba en la calle, en busca de una moneda perdida, o de algo de valor en los basureros que pudiera vender. Ya vivía en libertad absoluta y con todos mis poderes.

No estaba seguro de que aquella persona, en la camioneta, fuera mi hermano. Podía tratarse de un agente especial, o de un demonio, de los que pueden leer la mente y extraer los pensamientos. Yo puedo hacerlo. Durante mi última estancia en casa, llegué con un casco de transistores que había fabricado. Le demostré a una sobrina que, a través de él, podía leer la mente de las personas, incluso de los animales. No me costó trabajo convencerla. Hicimos una prueba con la Mostaza, su perrita salchicha.

Pero nadie más comprendió el poder que había yo logrado con ese casco. Desde entonces la CIA me busca. Represento un peligro porque: no soy un aliado de los Estados Unidos; pero tampoco de Rusia. Más bien soy un agente libre, del lado de los más oprimidos. Y somos tantos. Un día encontré en la calle

un rosario de madera que también tiene poderes. He intentado hablar con el deán de la catedral para que la guarden en alguna caja fuerte, o para que se la envíen al Papa. Debe valer una fortuna. No hablo de ella con nadie. Algún compañero de calle podría robármela. Me ha hecho descubrir que no soy victimario, sino una víctima.

Otro día, escuché a un par de hombres conversar. Bebían café, sentados en la banca de un parque. Yo aún no me decidía a acercarme. Eso hago, merodeo la calle y pido dinero y limpio parabrisas y jardines. No me gusta acercarme demasiado porque la gente huye cuando lo hago. Sienten el poder de Dios, que me protege a través del rosario de madera que llevo colgado.

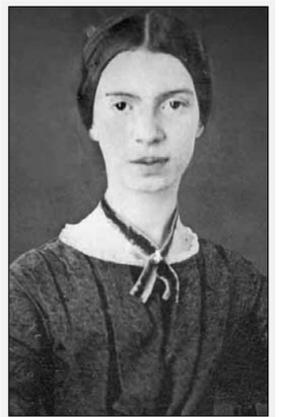
Hablaban a un volumen alto. Uno le explicaba al otro que: ni él, ni sus hermanos, sabían nada del hermano mayor de la familia. Conocían que vivía en la calle, pero que estaba perdido. No podían asegurar que se encontrara vivo, ni muerto. Se trataba del hermano más problemático en la familia: había abusado de un consanguíneo menor, cuando niños. Naturalmente, hablaban sin saber nada sobre el poder de Dios, que lo perdona todo.

El hombre llevaba barba oscura y cabello corto. Podía ser un traga años, porque su voz aterciopelada revelaba que sobrepasaba los sesenta. Pude leer en su mente que tenía sesenta y cinco. Pensé que podía ser del mes de octubre. Había rasgos en él que yo reconocía en mí. Sus labios delgados, como los de mamá. Sus ojos tristes, como los de mamá.

Mamá sufrió desde niña. Nadie entendía sus cambios de humor. Ni sus golpes, ni sus gritos. Ni siquiera papá. Supongo que yo se lo heredé a ella. Pero la nariz aguileña, la saqué de papá, tan parecida a la del hombre que hablaba en el parque, recordando a su hermano sin emoción, sin extrañarlo. Friamente, pude leer en su mente y en su corazón cierta melancolía y, detrás de ella, un asomo de odio.

Así era mamá. Se le abultaban las emociones en el pecho como olla exprés que luego se destapaba para estallar en gritos de violencia, golpeándonos a los hermanos. Lanzando cazuelas y platos contra el piso, y luego ordenándonos recoger los escombros. Así aprendí a buscar en la calle, a mirar con cuidado en el piso, para no dejar un vidrio que pudiera enterrársenos en las plantas del pie.

No quise acercarme al par de hombres. Había tanto parecido entre el hombre que hablaba y mi hermano Luis. Comprendí que podía tratarse de una trampa, que yo corría peligro. Quizás se trataba de un plan astuto planeado por la CIA o el FBI, o por el mismo Vaticano, para atrapar a mi hermano o despojarme del poderoso rosario que llevaba yo en mi pecho. Salí huyendo, con la tempestad rezando entre los pies.



Emily Dickinson

Poetisa estadounidense cuya obra, por su especial sensibilidad, misterio y profundidad, ha sido celebrada como una de las más grandes de habla inglesa de todos los tiempos.

Dickinson estudió en la Academia de Amherst y en el seminario Femenino de Mount Holyoke, en Massachusetts, donde recibió una rigida educación calvinista que dejó huellas en su personalidad y a la que se enfrentaría con su carácter escéptico. A través de Benjamín F. Newton conoció muy temprano la obra de Ralph Waldo Emerson. También leyó a Henry David Thoreau, y a los novelistas Nathaniel Hawthorne y Harriet Beecher Stowe.

Muy pronto decidió aislarse del mundo, manteniendo contacto solamente con unas pocas amistades, como el escritor Samuel Boswell, con quien sostuvo una larga correspondencia. A los veintitrés años, Dickinson tenía conciencia de su propia vocación casi mística, y a los treinta su aislamiento del mundo era ya absoluto, casi monástico. Retirada en la casa paterna, se dedicaba a las ocupaciones domésticas y garabateaba en pedazos de papel (con frecuencia ocultados en los cajones) sus apuntes y versos que, después de su muerte, se revelaron como uno de los logros poéticos más notables de la América del siglo XIX. En su aislamiento sólo vistió de color blanco ("mi blanca elección", según sus propias palabras), rasgo que expresaba la ética y transparencia de su poesía.

Uno de sus biógrafos escribió acerca de su naturaleza poética: "Era una especialista de la luz". Su escritura puede ser descrita como producto de la soledad, del retiro de cualquier tipo de vida social, incluida la relativa a la publicación de sus poemas. De ella dijo Jorge Luis Borges: "No hay, que yo sepa, una vida más apasionada y solitaria que la de esa mujer. Preferiría soñar el amor y acaso imaginarlo y tenerlo". Algunos de sus poemas reflejan la decepción que sufrió por un amor (dirigía cartas a un hombre al que llamaba "Master", del que no se conoce su verdadero nombre), y la ulterior sublimación y trasvase de ese amor a Dios.

Sus primeros poemas fueron convencionales, según el estilo corriente de la poesía en esos momentos, pero ya a comienzos de 1860 escribió versos más experimentales, sobre todo en lo que respecta al lenguaje y a los elementos prosódicos. Su escritura se volvió melódica y a la vez precisa, despojada de palabras superfluas y exploradora de nuevos ritmos, unas veces lentos y otras veloces.

Únicamente cinco de sus composiciones poéticas fueron publicadas, con carácter anónimo, durante la vida de la autora. Hasta pasados cuatro años de su muerte no se publicó su primer poemario; posteriormente, a lo largo de sucesivas ediciones, llegaron a rescatarse alrededor de 1.800 poemas.

ad pèdem literae

Todo hombre que conozco es superior a mí en algún sentido. En ese sentido, aprendo de él.

Emerson

Letras de buen humor

Todo el mundo comete errores. La clave está en comerlos cuando nadie nos ve.

Peter Alexander Ustinov

Javier García-Galiano

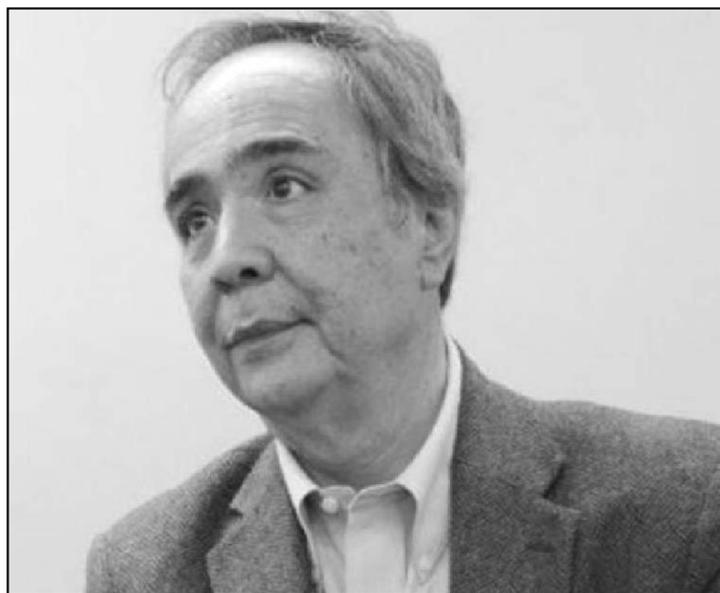
Un incitador silencioso

Entre las omisiones en las que suelen abundar los manuales de literatura, no resultan las menos ignominiosas aquellas que ignoran a hacedores calladamente de eso que llamamos el libro: los que no dejan de inventar el papel y los placeres que depara el papel, los tipógrafos, los encuadernadores, los animales de la tinta, quienes no dejan de crear diversas formas de plumas, los impresores, los perpetradores de erratas no pocas veces memorables, los libreros, quienes imaginan volúmenes en silencio, los que conversan acerca de esos libros en cafés, en cantinas, en escaleras, en un patio, después de un match de tenis, en el billar, en la redacción de un periódico o de una revista; Juan José Reyes, que murió el lunes 28 de diciembre, pertenecía a esa estirpe.

Era un hombre sosegado, de conversación y amistad fáciles, muy generoso y hospitalario aunque no prescindía de una ironía amablemente maliciosa. Algo de ello puede advertirse en su escritura, lúcida en su elegante claridad y sencillez, la cual fue ensayando en periódicos y revistas como El Gallo Ilustrado de El Día, en El Nacional, en El Semanario Cultural de Novedades, en Textual, en Cultura Urbana.

Tampoco parece insólito que ese lector curioso y lúdico haya sido editor; fue jefe de redacción de El Semanario cultural de Novedades, que dirigía Pepe de la Colina, creador y director de la revista Textual del periódico El Nacional, y de Cultura Urbana de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Durante años se reunía a la una de la tarde con Jorge López Páez a tomar el aperitivo en el Salón Palacio, en la esquina de Rosales e Ignacio Mariscal, en la colonia Tabacalera, a media cuadra de El Nacional. Bebía un par de vodkas con Squirt y un solo hielo y hacia las tres y media se iba a comer a su casa en la calle de Flora, en la colonia Roma, que había pertenecido a su abuela María Elvira Bermúdez, la escritora policial a la que admiraba de manera creciente. Los lunes, los jueves y los viernes procedía del Novedades y solían acompañarlo Noé Cárdenas, Moramai Herrera Kuri y Ernesto Herrera, que colaboraban en la redacción de El Semanario, y en ocasiones también Pepe de la Colina. No pocas veces algunos colaboradores de ese suplemento cultural y de Textual frecuentaban su mesa, entre ellos Luis Ignacio Helguera, Eduardo Milán, Aurelio Major, Gerardo de la Torre, José



Homero, Carlos Miranda, Josué Ramírez, Armando González Torres, Nacho Trejo, Ricardo Pohlenz, Víctor Salomón, el fotógrafo Ricardo Salazar, que logró retratos prodigiosos de muchos escritores, algunos de ellos en esa cantina como el de un encuentro de Juan Rulfo con Augusto Monterroso y José Revueltas.

Juan José Reyes hablaba con voz calma, sin recurrir al alzamiento de la voz en una discrepancia, y en esas conversaciones solía instigar a la escritura de textos que publicaba en El Semanario y Textual. Era un incitador silencioso

como buen editor y mejor amigo.

Había estudiado filosofía y entre las obsesiones que introducía recurrentemente en la conversación se hallaba el grupo Hiperión, acerca del cual publicó El péndulo y el pozo. También escribió un volumen ilustrado acerca de la Lotería Nacional: Cuestión de suerte. Pero, sobre todo, con frecuencia hablaba de Emilio Uranga, del que ideaba con paciencia de decenios un libro que no terminó. Algo de él está en textos de sus amigos, los cuales fuimos testigos de la creación de ese libro conjetural.